

LA POLÍTICA DE LA SENDA CHINA

Réplica a Joel Andreas

De acuerdo con mi información, la reseña de Joel Andreas de mi libro *Capitalism with Chinese Characteristics* publicada en la *New Left Review* es la más detallada y exhaustiva aparecida hasta la fecha¹. La mayoría de las restantes reseñas, especialmente las publicadas en la prensa financiera, han tendido a escoger uno o dos aspectos del libro y a poner de relieve las conexiones con la actual recesión, que es lo que realmente les interesa. Andreas se concentra con todo detenimiento en las diferencias existentes entre la política del gobierno chino durante las décadas de 1980 y 1990, lo cual constituye el núcleo de las razones que ante todo me impulsaron a escribir el libro. Por esta razón, aprecio su crítica en grado sumo.

Andreas se muestra principalmente en desacuerdo no tanto con la narración objetiva que ofrezco en el libro, sino con el modo en que encuadro el problema. Presento, argumenta él, una inclinación casi instintiva hacia una explicación basada en la teoría económica del libre mercado, mientras que su interpretación preferida deriva de una perspectiva marxista. En primer lugar, permítaseme señalar que Andreas parece tener una concepción *normativa* de las décadas de 1980 y 1990 similar a la mía: ambos contemplamos la primera de ellas más favorablemente que la segunda. Me atrevería a decir que tan solo este hecho nos separa de aproximadamente el 90 por 100 de los especialistas en China. Así, a pesar de la dura crítica que Andreas ha efectuado a mi libro, es importante señalar que tenemos algunas cosas en común.

En segundo lugar, aunque estamos de acuerdo sobre cuestiones objetivas de carácter más general, no lo estamos respecto a determinados hechos cruciales. No se trata de detalles menores, ya que son esenciales para decidir las dos perspectivas en conflicto que cada uno defendemos sobre las reformas acaecidas en China. Andreas afirma que el daño real experimentado por los sistemas sanitario y educativo de las áreas rurales se produjo durante la primera mitad de la década de 1980 y me critica por eludir

¹ Véase en este mismo número, Joel Andreas, «Un modelo Shanghái? Una crítica de *Capitalism with Chinese Characteristics*, de Yasheng Huang, *NLR* 65 (2010).

«diestramente» tal error cometido durante esa década, lo cual es injusto y falso. Ante todo, no «eludo» la cuestión; en realidad, presento los hechos que animan la crítica de Andreas. Por otro lado, cito tanto datos como investigaciones realizadas por otros estudiosos para mostrar que el abandono de la educación primaria rural a principios de la década de 1980 fue debido al incremento de los costes de *oportunidad* de la educación. Gracias a las reformas introducidas en las zonas rurales, el potencial de ingresos de los hogares residentes en las mismas se incrementó drásticamente; como respuesta a ello los padres comenzaron a retirar a sus hijos de las escuelas para incorporarlos a la fuerza de trabajo. Como señalé en mi libro, esto no duró mucho. A mediados de esa misma década, el ratio de matrícula se había recuperado en buena medida hasta alcanzar los niveles prevalecientes antes de las reformas.

Esto nos lleva a la diferencia fundamental existente entre las décadas de 1980 y 1990. Durante la primera de ellas, el abandono de la educación rural fue voluntario: respondían al aumento de las oportunidades económicas. Durante la década de 1990, como se desprende de los detallados datos que ofrezco en mi libro, el gobierno chino incrementó notablemente las matrículas escolares y las tasas sanitarias, lo cual hizo que las familias no enviaran a sus hijos a la escuela. Para establecer una analogía: pienso que existe una diferencia esencial, por ejemplo, entre estudiantes que abandonan sus estudios en Johns Hopkins porque encuentran oportunidades lucrativas de obtención de ingresos –piénsese en Bill Gates, un célebre caso de abandono de los estudios universitarios– y estudiantes que los abandonan porque no pueden permitirse pagar los gastos de matriculación. Un lector razonable se mostraría de acuerdo en que el segundo escenario es mucho menos deseable que el primero, como yo hice en mi libro, pero ésta no es la opinión de Andreas.

Cronologías

Otro detalle objetivo, aparentemente menor, gira en torno a la periodización del declive de la economía rural china. Andreas cuestiona mi argumento de que el declive de ésta tuvo sus orígenes en el ascenso de un grupo de nuevos líderes urbanitas después de 1989 y señala que la economía rural comenzó a tambalearse no en 1989 sino a mediados de la década de 1990. Su teoría es que el declive de la misma –y el de las empresas de los municipios pequeños y medianos en particular– se halla relacionado con la caída del precio del grano registrada en 1996 y con la privatización a gran escala de las mencionadas empresas a finales de la década de 1990. Digo «aparentemente» porque la cuestión de la periodización no es baladí en absoluto. Esta versión de la cronología se adecuaría en realidad a la concepción de Andreas de que la crisis de la economía rural no se debió a las proclividades urbanas inherentes a las políticas del gobierno, sino a prácticas capitalistas tales como la privatización de las empresas municipales anteriormente mencionada.

El problema, de nuevo, es que desafortunadamente los hechos desmienten a Andreas. Aunque su explicación podría encajar con la opinión convencional de que las empresas municipales de los núcleos de población medianos y pequeños fueron gestionadas fundamentalmente por los gobiernos locales, esta descripción es objetivamente incorrecta. Resulta en particular incongruente utilizar un razonamiento en función de estas líneas para impugnar *Capitalism with Chinese Characteristics*: de acuerdo con mi información, el libro fue uno de los primeros en ofrecer una demostración fundada documentalmente que atestiguará los verdaderos orígenes de la propiedad de esas empresas y en presentar que eran ante todo un fenómeno en gran medida característico del sector privado. Es una cuestión de la que me siento de una u otra forma orgulloso. Como porcentaje del número total de las empresas municipales que nos ocupan, las gestionadas por el Estado representaban una proporción minúscula; desafía al sentido común atribuir el declive del conjunto de este sector a la privatización de un pequeño número de empresas gestionadas por aquel.

Andreas objeta que las empresas municipales propiedad del Estado representaban una cuota mayor del empleo, lo cual es cierto como media para el país globalmente considerado; pero la media nacional es menos importante que la situación de las provincias más pobres, ya que después de todo son éstas las que necesitan desarrollarse de modo más intenso. A este respecto, las empresas municipales privadas fueron mucho más importantes. Por otro lado, el declive de las empresas municipales fue generalizado y no se limitó al sector propiedad del Estado. Otro detalle objetivo es incluso más irrefutable: las empresas municipales gestionadas por el Estado que fueron privatizadas a finales de la década de 1990 sufrían pérdidas enormes en el momento de su venta; el gobierno las privatizó precisamente porque iban francamente mal y en consecuencia resulta muy extraño sostener que la privatización contribuyó a sus malos resultados. La privatización no puede explicar mejor el declive de las empresas municipales gestionadas por el Estado —por no hablar de aquellas que eran simplemente privadas— que la quimioterapia esclarecer el declive de un paciente con cáncer terminal.

Una cuestión más legítima es explicar el desajuste entre la transición política de 1989 y el declive de la economía rural a mediados de la década de 1990, pero a este respecto no hay nada que no pueda explicarse con el escrutinio de los datos y hechos que presento en mi libro. Admito que el problema es lo suficientemente especializado como para suscitar preguntas en la mente del lector no versado, pero resulta más sorprendente que Andreas, que ha prestado una atención mucho más minuciosa a esos detalles, no haya percibido mi explicación. He documentado dos líneas de evolución desde 1989. Una tiene que ver con los cambios inmediatos de las políticas acaecidos durante ese año, fundamentalmente de naturaleza macroeconómica, como por ejemplo la reducción del incremento de la concesión de préstamos. Por alguna razón, esas políticas tuvieron un enorme efecto instantáneo sobre las rentas rurales, sin duda mayor que

sobre las urbanas que no obstante también se vieron afectadas. La otra línea presenta un impacto a más largo plazo y tiene que ver con el cambio de la situación financiera registrado en la China rural. A partir de mi lectura de multitud de documentos bancarios, feché que la inversión de tendencia en la situación financiera se produjo en torno a 1993 y 1994. Una persona a la que pueden cargarse –si puedo utilizar ese término– las masivas campañas contra el préstamo rural informal a pequeña escala es Zhu Rongji, vicepresidente y presidente del gobierno entre 1998 y 2003. ¿Cuándo se convirtió en el funcionario encargado de las políticas financieras? En 1993, cuando fue nombrado gobernador del Banco Central de China. No hay, pues, desajuste alguno en la periodización de los acontecimientos.

Insistencia sobre el sesgo urbano

Quiero detenerme ahora en la diferencia fundamental que existe entre mis concepciones y las de Andreas. Él contempla el sesgo urbano de la década de 1990 como el producto natural e inevitable del desarrollo capitalista, mientras que en mi opinión es el resultado de un cambio semioxígeno de orientación de las políticas públicas –y de la alta política– no relacionado con el desarrollo del capitalismo *per se*. Flota aquí un aroma de «yo blanco; tú negro». Yo presento una perspectiva y Andreas presenta una alternativa a la misma, lo cual es totalmente justo: buena parte del debate académico en el campo de la investigación de las ciencias sociales consiste en «carreras de caballos» entre diferentes ideas para ver cuál corre más. Mi propio libro es una carrera de caballos contra la opinión, prevaleciente entre los estudiosos chinos, de que las reformas acometidas en la República Popular China se caracterizan mejor si se las describe como un proceso gradual de permanente intensificación del desarrollo capitalista. Aunque desde un punto de vista normativo Andreas parece estar de acuerdo conmigo en que la década de 1990 supuso un deterioro de la situación económica de las áreas rurales, desde un punto de vista positivo se halla en el mismo campo que los gradualistas, es decir, las reformas continúan intensificando la vía al capitalismo. La diferencia es que mientras los gradualistas celebran este hecho, Andreas lo consideraba deplorable.

En una situación ideal, el modo de decidir entre estas dos perspectivas enfrentadas propuestas por Andreas y por mí mismo sería recopilar datos y conmensurarlos de algún modo con una medida del «desarrollo capitalista». Entonces la carrera de caballos podría consistir en correlacionar esa medida con los sesgos urbanos y rurales sobre los cuales nos concentramos ambos. Este planteamiento no es realista, sin embargo, y sospecho que los lectores de la *NLR* no se sentirían complacidos con el mismo. Propongo un método diferente: dar un paso atrás y reflexionar sobre la plausibilidad de la idea de Andreas de que un sesgo urbano es el producto natural del gran capitalismo. Permítaseme ofrecer algunos ejemplos concretos: Esta-

dos Unidos, la UE y Japón. ¿Se hallan estas economías afligidas por un sesgo urbano en el diseño e implementación de sus políticas? Imagino que los agricultores del medio oeste se sorprenderían al saber que son víctimas impotentes del sistema capitalista estadounidense. Es bien conocido –y ello no debería ser una novedad para Andreas– que el Congreso estadounidense concede miles de millones de dólares a los agricultores estadounidenses cada año. En realidad, el subsidio a los cultivadores de maíz es tan descarado que en la actualidad se le culpa de contribuir al incremento de los niveles de obesidad en Estados Unidos, ya que un maíz barato y subsidiado constituye la base de muchísima comida basura.

De modo similar, las poblaciones de los países en vías de desarrollo se quedarían pasmadas si supieran que los agricultores europeos se hallan en una situación de postración, ya que uno de los problemas a los que se enfrenta la actual ronda de negociaciones comerciales de Doha es la negativa de los países de la UE a dejar de subsidiar a sus ricos agricultores mediante la multimillonaria Política Agrícola Común, que hace que la agricultura de los países pobres no pueda competir en el mercado mundial. Y en Japón, el apoyo político de los agricultores –una reducidísima proporción del conjunto de la población japonesa, que disfruta no obstante de un absolutamente desproporcionado peso político– fue el que sostuvo al Partido Liberal Democrático en el poder durante varias décadas tras la Segunda Guerra Mundial. El mismo razonamiento puede formularse como postulado lógico afirmando que si el gran capitalismo encierra un sesgo urbano, entonces se esperaría que el «gran socialismo» fuera el aliado natural del sector rural. Aquí la historia es francamente desagradable: Iósif Stalin y las hambrunas de Ucrania o el Gran Salto Adelante de China, en el que se estima que perecieron 30 millones de habitantes en las áreas rurales chinas.

Andreas enuncia una idea que simplemente carece en absoluto de fundamento empírico; de hecho, toda la evidencia empírica disponible la contradice frontalmente. Por su supuesto, yo no he relacionado de modo explícito su idea con la China de las décadas de 1980 y 1990, pero cuando una idea se halla desprovista de una fidelidad básica a los hechos y de plausibilidad analítica en general, también es errónea cuando se aplica a situaciones específicas. Mi idea –que la alta política en China, tras los sucesos de Tiananmen, constituyó la razón subyacente del sesgo urbano del desarrollo económico posterior– todavía puede demostrarse que es errónea, pero la crítica de Andreas no logra de ningún modo demostrar que lo sea.